

CAPÍTULO SEXTO

ÁFRICA

ÁFRICA

Por ALEJANDRO CUERDA ORTEGA

Al igual que en la anterior edición del Panorama Estratégico, en este capítulo sólo se hará referencia al África Subsahariana o África Negra.

En el año 2001 se han producido signos e iniciativas de paz y entendimiento que alientan una cierta esperanza de encauzamiento de este atormentado continente hacia las relaciones pacíficas y mejores formas de vida. La doliente historia de las naciones africanas, con el habitual y lamentable acompañamiento de guerras, violencia, hambre, pobreza, enfermedades, opresión, tensiones étnicas y religiosas, corrupción, éxodos masivos y explotación de los más débiles, sigue escribiéndose con todos esos males y con cientos de miles de víctimas; no van a desaparecer en mucho tiempo. Pero los signos de esperanza no han sido aislados o escasos, como otras veces, sino abundantes y significativos. Quizá sean los primeros resultados claros del enorme y continuado esfuerzo de muchos dirigentes y organizaciones internacionales, del intenso interés de las NN UU, del paciente y abnegado esfuerzo de su Secretario General Kofi Annan, de los masivos socorros internacionales, de las abundantes ayudas financieras, de la buena voluntad, en fin, de miles de religiosos y voluntarios altruistas; y también de la persecución internacional de los déspotas, de las sanciones y el aislamiento de los corruptos, y de las actitudes cada vez más firmes y valientes ante el horror despiadado. El caso es que ha proliferado el diálogo entre enemigos y rivales, las actitudes indignas van saliendo a la luz y a la condena, y los pueblos, antes oprimidos y silenciosos, están aprendiendo a reclamar y a exigir sus derechos.

En este panorama alentador no puede dejar de mencionarse el gran progreso que ha experimentado la mujer africana, tanto en su estima personal y exigencia de mayor consideración y respeto como en su decidida y valiosa aparición en el mundo profesional y en el de la pequeña empresa familiar; su agudeza para las finanzas y su valentía la señalan como uno de los factores más dinámicos del Continente.

En el campo de las relaciones internacionales, Francia y los EEUU se han afianzado como las dos naciones de mayor prestigio y ascendencia para los africanos. En el primer caso, Francia, es la natural consecuencia de su tradicional política de presencia en el mundo africano, del que quiere constituirse en enlace indispensable con Europa. Ya en enero celebraba en Yaundé (Camerún) la habitual Cumbre Franco-Africana, con 52 delegaciones y la presencia de 25 jefes de estado y del Secretario General de las NNUU; un gran foro que París gusta de llamar “reunión de familia”, pero que, esta vez, ha sido más bien una cumbre continental, por el alto número de naciones participantes. Precedida por encuentros del ex-Presidente de Francia Giscard d’Estaing, contó luego con el actual presidente Chirac. A puerta cerrada y en un ambiente de franqueza, se comentaron todos los temas importantes que afectan a África. El presidente francés les anunció que anularía 500 millones de euros de la deuda exterior. En nuestro caso, España, hemos tenido que comprobar cómo algunas naciones africanas, como Marruecos y Guinea Ecuatorial, tradicionales amigos, han enfriado sus relaciones con nosotros acercándose a Francia.

En cuanto a los EEUU, su peso como primera potencia mundial es también reconocido en este Continente. El número de dirigentes africanos que han ido a visitar al presidente Bush es significativo; como lo ha sido también el de naciones subsaharianas que se han apresurado a hacer llegar sus condolencias a la Casa Blanca por los terribles y luctuosos sucesos terroristas del 11 de septiembre, con la deshonrosa excepción de los estados del N. de Nigeria —ni siquiera la nación entera— que, gobernados por el radicalismo islámico de la *sharia*, manifestaron su satisfacción por los atentados. También Washington ha demostrado su interés por África: en mayo, el Secretario de Estado Colin Powell realizaba una gira por varios países africanos, entrevistándose con sus dirigentes, escuchándoles y dándoles sus consejos y promesas de ayuda; estuvo en Mali, Sudáfrica —donde criticó la política del presidente de Zimbawe, R. Mugabe— Kenia, Uganda y Sudán.

Como acontecimiento más destacable en el ámbito institucional, hay que señalar el nacimiento oficial de la Unión Africana (UA), por transfor-

mación de la antigua OUA (Organización de la Unidad Africana). Tuvo lugar el pasado mes de julio, en Lusaka (Gambia), en presencia de 40 dirigentes de los 53 estados-miembros que la componen. Iniciativa y empeño del presidente libio Muhamar-el-Gadafi, mantenido desde 1999, está inspirada en el modelo de la UE y contará con un parlamento, un órgano ejecutivo, un tribunal de justicia y una institución financiera. También se nombró su primer secretario general, el diplomático de Costa de Marfil Amara Essy, que será el encargado de transformar la OUA en una Unión Africana operativa democrática y próspera, lo que no se logró de la anterior organización. Tiene un período de transición de 18 meses.

Otro logro de esa 37 asamblea de la OUA fue la aprobación del documento “Una Iniciativa Africana”, síntesis de otros varios proyectos, que invita a los gobiernos africanos a instaurar el Estado de Derecho, a respetar los principios democráticos, a gobernar desde la transparencia, a controlar ellos mismos su modo de actuar, a demostrar con hechos que son capaces de responsabilizarse del desarrollo de sus naciones y a incorporarse al tren de la globalización. El documento critica a gran parte de los mandatarios africanos que, hasta ahora, no han sabido dirigir sus países; y parece invalidar y terminar con el socorrido argumento de que todas las culpas del atraso africano las tiene el período colonial. También se dirige a las potencias occidentales, solicitándoles ayuda para poner en pie las infraestructuras básicas que las naciones africanas necesitan. Es, pues, un documento alentador, una especie de sacudida y llamada a las 53 naciones presentes que lo aprobaron para que asuman su responsabilidad, rechazando tantas excusas con las que, hasta ahora, han pretendido enmascarar la inoperancia y el egoísmo. Es de esperar que, con este atractivo marco de libertad y seguridad, los inversores extranjeros acudan al África Subsahariana.

Estas iniciativas no han quedado aisladas, ya que se están configurando bloques políticos y económicos regionales de gran interés sobre bases democráticas y respetuosas con los Derechos Humanos; aceptan el capitalismo y las formas occidentales que han permitido tanto progreso. Es también un resurgir de identidad africana que lleva a alianzas con países menos desarrollados y que les proporcionará una voz más sólida ante instancias internacionales como la Organización Mundial de Comercio (OMC), el FMI o el Banco Mundial (BM).

En esta optimista exposición inicial de hechos y circunstancias positivos y esperanzadores ha de mencionarse, de forma destacada, la finali-

zación o encauzamiento pacífico de tres guerras que en el año anterior fueron causa de la pérdida de muchas vidas humanas y de enormes sufrimientos para las naciones que las soportaron: Etiopía-Eritrea, República Democrática del Congo (RDC) y Burundi.

ETIOPIA-ERITREA

Como es sabido, después de dos años de una guerra con miles de muertos y cientos de miles de desplazados, en junio del pasado año (2000) se estableció un “alto el fuego” y el 12 de Diciembre se firmaba, en Argel, un acuerdo de paz. Casi inmediatamente se procedió al canje de prisioneros, 220 eritreos por 230 etiopíes, bajo control de la Cruz Roja Internacional. Desde entonces, y a lo largo de este año 2001, se ha mantenido la paz, aunque con tensiones internas y frecuentes signos de enemistad entre ambas naciones.

La causa principal de este conflicto fue el desacuerdo de fronteras, especialmente en la zona Tigré, cuestión aún sin resolver; una comisión neutral estudia el asunto en Ginebra, debiendo presentar sus conclusiones y el trazado definitivo en un plazo de 3 años. Pero la dureza de los enfrentamientos se debió a la intolerancia, el orgullo desmedido y la agresividad de los dirigentes de ambas naciones, Isaías Efewerki de Eritrea y Meles Zenawi de Etiopía; fueron antiguos aliados en la lucha contra el dictador marxista Mengistu y se convirtieron luego en enemigos irreconciliables. El desproporcionado esfuerzo bélico realizado dejó a ambas naciones arruinadas, especialmente a Eritrea, que, además, perdió la guerra.

Los acuerdos de paz establecen una zona de separación de fuerzas en la frontera común, de 25 km. de ancho, llamada Zona Temporal de Seguridad (ZTS), pasillo terrestre y aéreo a todo lo largo de los mil km. de frontera, para ser ocupado por las fuerzas de mantenimiento de la paz de la ONU (MNUEE). La ZTS debía constituirse por retirada de los efectivos militares de Eritrea esos 25 km. en su suelo nacional y entrar en vigor sin demora; sin embargo, en Enero (2001), un mes después de firmada la paz, se producían aún incursiones armadas y ataques. Etiopía rechazó entonces la ZTS porque “no garantizaba la separación de fuerzas”, alegando que oficiales eritreos penetraban en ella, disfrazados de policías, con intenciones hostiles.

En febrero, las tropas de Etiopía se retiraban de los últimos territorios eritreos ocupados en la campaña final, pero no totalmente; quedaban aún

fuerzas en las proximidades de la ciudad de Zalambesse, que Eritrea reclamaba, lo que impedía la entrada en vigor de la zona de separación. Por fin, después de varias protestas y rechazos, tras el anuncio de Eritrea de haber abandonado totalmente la faja de 25 km., el 19 de abril establecía la ONU la ZTS, con 3.432 cascos azules y 153 observadores, por un período inicial de 6 meses. Desde entonces se ha mantenido la situación, vigilada por las fuerzas de las NNUU, como se ha mantenido la desconfianza mutua, pero no se ha quebrado la paz.

Las dos naciones, con enormes problemas y carencias, tienen ahora que aplicar todo su esfuerzo a la reconstrucción de sus infraestructuras territoriales y sus maltrechas economías y es posible que tan gran empresa requiera tal dedicación que les haga olvidarse por un tiempo de sus reivindicaciones y diferencias. Además, han de acoger a todos los huidos durante la guerra, desplazados en sus territorios o refugiados en otras naciones, unos 300.000 para Eritrea, que desean volver a sus hogares y lo han de hacer a través de territorios sembrados de minas.

En mayo, el Consejo de Seguridad (CS) de las NNUU levantaba el embargo de armas impuesto a ambas naciones, lo que es otro motivo de preocupación. No parece que esta medida del embargo de armas sea utilizada con acierto por el organismo de las NNUU responsable de la seguridad; decretó su imposición con inexplicable retraso, a los dos años de guerra, cuando ya Etiopía y Eritrea estaban destruidas y arruinadas; y lo levanta cuando ambas acaban de firmar la paz y se encuentran bajo vigilancia de una misión internacional, debiendo dedicar su esfuerzo por entero a la difícil reconstrucción nacional. Somalia ha protestado, diciendo que “hay armas suficientes en el Cuerno de África para las dos próximas generaciones”. En Marzo había reservado Eritrea un 44% de su escaso PIB (310 millones de dólares) a gastos militares, el país del mundo que más dedica a armamento.

Como ayuda providencial, Etiopía ha tenido este año una cosecha extraordinaria, 12,6 millones de toneladas de cereales, la mayor en 5 años, después de 3 de sequía. En enero había pedido angustiosamente un socorro internacional de 640.000 toneladas. También está recibiendo ayudas del exterior: en abril, Bélgica firmaba con Etiopía un acuerdo por el que le anulaba 711,8 millones de francos belgas de deuda y le prometía su cooperación en educación, seguridad alimentaria, medio ambiente y lucha contra el SIDA. Norteamérica ha ofrecido su ayuda para la limpieza de minas y para fomentar el desarrollo. El Banco Mundial (BM) dedica

270 millones de dólares a la reconstrucción de ambos países. También la UE ha prometido ayudarles.

Ocho partidos de la oposición en Etiopía se manifestaron contra el acuerdo de paz firmado por su gobierno, por dejar a la nación sin salida al mar, cuando fue la que ganó la guerra. En septiembre, el gobierno de Asmara arrestó a once políticos reformistas, antiguos generales y ministros, por publicar una carta contra la política de Efewerki que, entre otras cosas, cerró 8 periódicos independientes.

En resumen, quedan muchos problemas por resolver, lo que llevará años de esforzada dedicación. La región sigue siendo inestable, con muchas diferencias entre los protagonistas que podrían convertirse en amenazas y situaciones de crisis; pero la paz no se ha roto.

REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO

El fallecimiento del presidente Laurent Desiré Kabila, por asesinato, a principios del año (2001), y la proclamación de su hijo José Kabila como sucesor, parecen marcar el comienzo de la pacificación del Congo, después de una devastadora y sanguinaria guerra de tres años de duración. Todavía a principios de enero, se mantenía el ambiente de tensión y violencia que había caracterizado el mandato de Laurent Kabila: se suspendieron 113 periódicos; se produjeron encarnizados ataques al norte, en las proximidades del lago Kivu, entre *hemas* y *lendus*, con destrucción de núcleos de población, con varios miles de muertos, entre ellos 200 asesinados. En ese mes, aún el CS de las NNUU no podía enviar sus primeros cascos azules, de un total de 5.000, al no permitirlo la situación. Los acuerdos de Lusaka (Julio del 99) seguían ignorados deliberadamente por el mandatario congoleño.

El 16 de enero, Laurent D. Kabila es asesinado en su despacho por un compañero de armas, sin que se haya logrado saber si fue una acción aislada o consecuencia de un complot, tan abundantes eran los odios y las razones que pudiesen explicar el atentado. Se produce una gran confusión y, a los dos días, las autoridades de Kinshasa reconocen el fallecimiento, que habían tratado de ocultar, y decretan 30 días de duelo. En este ambiente de desconcierto y vacío político, sin dejar pasar los días, el núcleo katanguense de los *baluba* que rodeaba a Laurent Kabila —de su misma etnia— por votación secreta entre los cabezas del gobierno y los mandos militares, nombra presidente interino de la nación a José Kabila,

hijo del fallecido. Este nombramiento no es admitido por los partidos de la oposición y los grupos rebeldes, que alegan, no sin razón, que la sucesión hereditaria no existe en la República y que el presidente nombrado carece de legitimidad jurídica. Se producen enfrentamientos violentos entre partidarios y detractores, con 59 muertos.

Se disponen las exequias; los restos mortales, que llegan de Harare (Zimbawe), donde fue llevado el cuerpo inmediatamente después del atentado, son recibidos por casi un millón de personas; a los funerales asisten los presidentes de Angola, Namibia, Zimbawe, Sudán y Zambia. Ocho días después del fallecimiento, el parlamento provisional de la RDC, reunido en sesión extraordinaria, proclama, por unanimidad, a José Kabila Presidente de la República; juró el cargo el 26 de enero, ante el Tribunal Supremo. El futuro de la RDC estaba entonces lleno de incertidumbre y cargado de oscuros presagios.

El joven José Kabila, de apenas 30 años de edad, heredaba una nación arruinada, en guerra y con un tercio de la población hambrienta. En esa guerra intervenían otras 7 naciones, cuyos mandatarios, veteranos de un poder autoritario, se distinguían por su crueldad o por su afán de lucro, cuando no por ambas cosas. El país estaba dividido en grupos que se combatían entre sí. El número de congoleños huidos y refugiados en otras naciones superaba los dos millones, casi el mismo número de los muertos por la violencia descontrolada. Todos los intentos de pacificación habían fracasado y el propio CS de la ONU había optado por no intervenir, ante la imposibilidad de hacer valer su autoridad.

José Kabila, de talante tímido, sin experiencia política alguna, general por designación arbitraria y sin aliados leales, sabía, desde el primer momento de su elevación al poder, que los grupos de la oposición y las partidas rebeldes habían anunciado su fusión para derribarle. En su discurso de investidura prometió trabajar por la paz, la legalización de los partidos políticos, elecciones libres, liberalizar el mercado, mejoras sociales y otras muchas reformas en la línea democrática. Agradeció su ayuda a los países aliados y el esfuerzo de las naciones occidentales por la paz de su pueblo; expresó su deseo de normalizar relaciones con los EEUU y las grandes potencias y la necesidad de que todas las fuerzas extranjeras se retirasen de su nación. Sus palabras, tan alejadas de la conducta de su padre, causaron, cuando menos, perplejidad, y parece que el pueblo se puso de su lado. Hijo de madre tutsi y no perteneciendo a ningún núcleo duro ni siendo tampoco enemigo declarado de los presidentes de

Uganda, Ruanda y Burundi —como lo era su padre— parece mejor dispuesto, por afinidad étnica, para dialogar con los regímenes tutsis de esos países, que ocupan parte de su nación y son causa de tanta violencia y sufrimiento.

Sin dejar pasar 4 días, emprende viaje al extranjero para explicar el triste caso de su nación y pedir ayuda. Visita al Presidente Chirac en París y en Washington habla con la directora del Consejo de Seguridad Nacional (Condoleezza Rice), con el Secretario de Estado Colin Powell y con el presidente Bush. También tiene ocasión allí —que no deja pasar— de hablar con el presidente de Ruanda, Paul Kagame, el cual diría luego que “renace la esperanza”. En la sede de las NNUU habla con el Secretario General, Kofi Annan, de los trámites de paz y del saqueo de su nación por las fuerzas extranjeras de ocupación, para las que pide la condena internacional; también reclama el despliegue en el Congo de las fuerzas de la ONU y la reactivación de los Acuerdos de Lusaka. Al regreso de Norteamérica pasa por Bruselas y se reúne con los ministros de exteriores de la UE.

El 7 de Febrero, el CS de las NNUU pide a Uganda y Ruanda que se retiren de la RDC. Uganda contesta que ya pensaba hacerlo y Ruanda dice que esa es su voluntad, pero pone condiciones: ayuda para la retirada y el desarme previo de las milicias hutus de la región de los Grandes Lagos, que dice amenazan su nación y le han obligado, en su defensa, a desplegar sus tropas en territorio congoleño. La UE reanuda la cooperación con la RDC —que había interrumpido en 1992— y promete desbloquear 120 millones de euros en cuanto se produzca el diálogo intercongoleño; también le concede 35 millones de euros para alimentación y otros 28 más para reorganizar y reforzar el aparato judicial.

Con notable decisión y voluntad, José Kabila inicia las reformas que considera van a sacar a su nación del caos en que se encuentra: nombra una comisión de investigación sobre el asesinato de su padre; se entrevista, por primera vez en el Congo, con representantes de la sociedad civil, a los que escucha y de los que recibe 22 propuestas de mejora; reduce el número de funcionarios de la Administración, incluidos altos cargos, en 21.652, con lo que logra un ahorro de 619.000 dólares en salarios; ordena auditorías de todas las empresas públicas, lo que le permite destituir, en septiembre, a la mayoría de los altos ejecutivos, incluidos los de “GECAMINE”, la gigantesca empresa minera de cobre y cobalto. En agosto celebra, en Botswana, las primeras conversaciones de paz en tres años, con representantes del gobierno, de los tres movimientos rebeldes

que respaldan Uganda y Ruanda, de los partidos de la oposición y de grupos de la sociedad civil, verdadero diálogo intercongoleño en pro de un gobierno de unidad nacional que lleve a unas elecciones libres y democráticas; son conversaciones difíciles y delicadas, que ya habían fracasado en su primer intento, en febrero, por posturas irreductibles e intereses de partido, pero que, en esta ocasión, se desarrollan con la participación de todos.

Mientras tanto, el batallador Kofi Annan trabaja intensamente para que las fuerzas extranjeras abandonen el Congo y los hutus ruandeses, que combaten al gobierno de Paul Kagame desde territorio congoleño, sean desarmados o abandonen la nación. Personalmente acude a Kisangani, escenario de enfrentamientos y terribles matanzas, para pedir la desmilitarización de la ciudad. También el ex-presidente de Botswana, Masire, que se esfuerza admirablemente por la paz en el Congo, promueve el más importante y amplio encuentro en favor de la reconciliación y del fin de las hostilidades, en el que prevé reunir a 200 representantes, el 15 de octubre, en Adis-Abeba; para lograr los fondos necesarios, emprende viaje por Europa y América, tratando de reunir los 6 millones de dólares que calcula van a ser necesarios para esa magna conferencia.

En cuanto a la retirada de los ejércitos extranjeros, condición indispensable para la paz, ya a finales de febrero iniciaron la retirada parte de las tropas ruandesas, unos 3.000 soldados, ante observadores de la ONU, pero condicionaron la salida total a que los territorios abandonados no fuesen ocupados por fuerzas del gobierno congoleño; pidió, además, Kigali, garantía del gobierno de Kinshasa de que la paz en Ruanda no se viese alterada por la acción de los hutus instalados en el Congo; parecen, ambas, exigencias desorbitadas; la realidad de que Ruanda está extra-uyendo del Congo, por medio de sus soldados allí destacados, además de oro, unas cien toneladas mensuales de mineral de “coltan” —el valioso metal que necesita occidente para alta tecnología— hace sospechar que su resistencia a abandonar esos territorios no se explica solamente por razones de seguridad. A finales de marzo desplegaron 1.562 cascos azules de la MONUC, con una segunda llegada al mes siguiente hasta sumar 3.000, que debían de comprobar la retirada de los efectivos extranjeros a 200 km. de sus posiciones iniciales. En abril, las fuerzas rebeldes congoleñas iniciaron un repliegue a 15 km., posteriormente ampliado a 120 y finalmente completado. Al mes siguiente fue Uganda la que retiró 10.000 soldados; lo justificó el gobierno de Kampala por “cansancio de las tropas por esta larga guerra y al haber alcanzado ya sus objetivos”, pero también

parece que debió influir la acusación de expolio de minerales que las NNUU habían lanzado contra el gobierno ugandés.

En esos primeros meses del año, una comisión de expertos entregó, al CS de las NNUU, el informe resultado de su investigación sobre el expolio de las riquezas del Congo por las fuerzas extranjeras ocupantes; queda demostrado que todos los beligerantes están implicados en el saqueo de coltan, diamantes, cobre, cobalto y oro; el informe añade que las operaciones militares eran misiones secundarias. Museveni de Uganda niega su participación en el expolio y dice que se retira de las conversaciones de paz. José Kabila, en su plan de reformas y regeneración nacional, despide a todos los ministros de la época anterior, a los que ordena abrir auditorías, y nombra para su gobierno a gestores con carrera y a expertos. Los partidos políticos inician su andadura oficial, orientándose hacia las anunciadas elecciones libres.

En Mayo se reúne en Kinshasa una misión del CS de las NNUU con Kabila y sus aliados. En junio, el dirigente congoleño ordena la desmovilización de todos los niños-soldado (de 8.000 a 12.000); las fuerzas rebeldes los siguen manteniendo. Ese mes, a instancias de la ONU, las compañías aéreas “Sabena” y Swisair” suspenden los transportes de “coltan” al exterior que efectuaban de forma fraudulenta. Sigue el repliegue controlado de fuerzas de Uganda. Mientras tanto, la Organización Mundial de Inmigración ha ido acogiendo a los milicianos que abandonaban las armas y reinsertando a los que podía, unos cuantos miles, pocos en relación con la enorme cantidad de los que le llegaban, habida cuenta de la dificultad en encontrarles trabajo.

El 4 de julio se reunieron, por primera vez, Kabila y Museveni, en Dar-es-Salam (Tanzania), para hablar de la paz. Bélgica ayuda a su antigua colonia con 16,5 millones de dólares y promete gestionar la disminución de su deuda exterior (13.000 millones de dólares). MONUC completa el contingente previsto de 5.537 cascos azules y 2.900 civiles, que aportan Senegal, Uruguay, Marruecos y Túnez. Zimbabwe retira 3.000 de sus 12.000 hombres, resistiéndose R. Mugabe a la retirada total, probablemente para continuar un tiempo más el saqueo de las riquezas minerales del Congo; hay que considerar que su presencia en la RDC se justificaba por la llamada que le hizo Laurent Kabila en su auxilio, pero ese motivo ya no existía y además se le había pedido que se fuese.

En el mismo tono y con actuaciones similares sigue el año, con enormes necesidades y muchas dudas y dificultades, de las que no es capítu-

lo menor la repatriación de refugiados, que vuelven por centenares de miles. Todo ello impide decir que la paz esté instalada, pero el alto el fuego se cumple y no hay guerra.

LA REGION DE LOS GRANDES LAGOS

Bajo este título se quiere incluir aquí a las tres pequeñas naciones que en el año 94 horrorizaron al mundo con el terrible genocidio de tutsis primero y hutus después y que han continuado apareciendo en la prensa mundial por sus problemas de odios étnicos o por su implicación en la guerra del Congo: Ruanda, Uganda y Burundi. Si estas tres naciones aparecen aquí, en esta exposición de signos y casos esperanzadores del África Subsahariana en el año 2001, es porque han dado pruebas de pacificación. De Uganda y Ruanda ya se ha hablado en el apartado anterior ya que, efectivamente, el alejamiento del Congo de los episodios de violencia y crueles enfrentamientos internos que la ahogaban las ha arrastrado en esa misma dirección alentadora o les ha privado de uno de los motivos que tenían para continuar la guerra. No obstante, procede añadir algunas otras referencias.

Ruanda

Ha mejorado sus relaciones Iglesia-Estado. Después de 6 años en el poder, Kagame ha consolidado su autoridad y ha querido reforzarla con el acercamiento a la Iglesia Católica, víctima de sus humillaciones en los últimos años. En febrero, tenía lugar, en el estadio de Kigali, una misa concelebrada por un cardenal, 23 obispos y 100 sacerdotes, con la representación oficial de Burundi, Tanzania, Bélgica y Alemania.

En febrero ordenaba la desmovilización de algo más de 5.000 soldados y el proceso ha continuado, habida cuenta del regreso de sus tropas de la RDC, donde tenía unos 20.000 hombres. Ha iniciado también la liberación de prisioneros, unos 700, pendientes de juicio aún por el genocidio del 94. En junio hacía entrega, a las familias, de unos 600 niños-soldados que servían con los rebeldes hutus y cayeron prisioneros. Ha emitido una nueva ley de prensa favorable a la libertad de expresión y ha autorizado nuevas emisoras de radio y televisión privadas.

Y otras dos importantes muestras de distensión: en marzo, en vísperas de las elecciones presidenciales de Uganda, la prensa de Kampala

publicaba una carta del Ministro de Seguridad al presidente del Parlamento donde le daba conocimiento de la relación de naciones consideradas hostiles: Sudan, RDC y Ruanda, que parece prestaba apoyo financiero al candidato de la oposición. Entre Kigali y Kampala se cruzaron duras acusaciones. Pues bien, tres meses más tarde se reunían ambos presidentes en una larga sesión, comprometiéndose a actuar a favor del establecimiento de buenas relaciones entre los dos países, enfrentados desde la guerra del Congo. Emitieron, incluso, una declaración conjunta, que reflejaba esa voluntad. El otro caso: en septiembre, los rebeldes hutus de Ruanda que combatían en la RDC contra Kigali, siguiendo las tendencias pacificadoras desarmaron a 3.000 de sus propios combatientes, comunicando al presidente ruandés que se trataba de un acto de buena voluntad para contribuir al fin de la guerra; el líder de esos rebeldes pidió a Kagame que retirase también sus soldados del Congo y que organizase un diálogo nacional por la paz en el que fuesen atendidas sus demandas políticas.

Uganda

Al igual que en el caso de Ruanda, la pacificación del Congo ha supuesto también la de esta nación. Le quedan, sin embargo, otros frentes de conflicto: el del norte, con las guerrillas del sur de Sudán, y los conflictos internos, con frecuencia acompañados de violencia mortal, persecuciones, incendios y destrucción. Pero también en estos casos hay signos de apaciguamiento.

En febrero, la Organización Mundial de la Salud (OMS) comunicaba el fin de la epidemia de ébola en Uganda, donde ha causado 225 muertes. También, la UNICEF felicitaba a este país por la entrega que hizo de los niños-soldado que tenía en el frente del Congo; el presidente declaró que no volvería a reclutarlos. En Marzo se celebraron elecciones presidenciales, con nueva victoria de Museveni, que logró el 69,3% de los votos, pero con un notable retroceso en comparación con sus victorias de años anteriores. Su oponente, Besygie, coronel médico retirado, le restó un 27,8% de adhesiones, casi 1/3 de la cámara, y le acusó ante el mundo de fraude y de mal gobierno; en el sur del país se produjeron manifestaciones en contra de Museveni, que ha ido perdiendo prestigio y apoyos de forma evidente. En abril se produjeron las más graves acusaciones contra él por el expolio de las riquezas minerales en los territorios que ha estado ocupando en el Congo; Museveni lo negó con indignación y amenazó con

abandonar las conversaciones del proceso de paz de Lusaka; pero pocos le creen, porque es sabido que Kampala es uno de los principales exportadores del oro de África, y no lo tiene en sus tierras.

Ha mejorado el “frente norte” de conflictos, en la frontera con Sudán; Uganda venía apoyando las actividades del “Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán” (SPLA) contra el gobierno de Jartum; a cambio, recibía continuos ataques de los guerrilleros ugandeses del “Ejército de Liberación del Señor”, apoyados por Sudán y establecidos en sus tierras del Sur. Todo esto era consecuencia de la hostilidad entre ambos regímenes, que daba lugar a ese preocupante “frente norte”, motivo de duras críticas internas al gobierno de Kampala. Pues bien, se han celebrado conversaciones al máximo nivel, entre Museveni y Al-Bashir, de forma que ambos han decidido interrumpir las ayudas que venían prestando a los movimientos guerrilleros. Es difícil saber ahora si este acuerdo dará resultado plenamente positivo, pero indudablemente se ha actuado de forma contundente en la buena dirección.

Quedan los problemas internos, aunque también para ellos hay buenas expectativas, tal es la conexión entre todos los focos de violencia; ante la persistencia del horror y la inseguridad, 110 líderes religiosos cristianos y musulmanes, de Uganda y del Sur de Sudán, se reunieron en julio, al Norte de Uganda, para rogar juntos por la paz, y pidieron a Museveni que desmantele los campos de concentración —unos 37 campos con 50.000 personas— y deje marchar a la gente; asistieron también representantes del gobierno y del ejército, lo que es un buen síntoma, inconcebible solo un año antes.

Sobre estas dos naciones, como sobre Burundi, pesa el enorme problema de la vuelta de los refugiados. Ruanda y Uganda dicen que muchos de estos guerrilleros volverán a actuar contra sus gobiernos. A finales de junio se estaban reagrupando en las fronteras de estos tres países con el Congo. Los acuerdos de Lusaka determinan que sean desarmados y repatriados, pero, de momento, nadie los admite y no tienen donde ir, por lo que no quieren soltar las armas.

Burundi

Tiene un terrible problema de odios étnicos entre los tutsis en el poder y los hutus perseguidos. Son casi 8 años de crueles enfrentamientos, con miles de muertos y destrucción de poblados; nada se respeta; en noviem-

bre, los hutus raptaban a 350 niños en las escuelas para utilizarlos como soldados; los modos de persuasión son de una espantosa atrocidad. El presidente, Pierre Buyoya, se ha mantenido en el poder por autoritarismo y crueldad en una nación que no sale adelante por la permanente violencia, pese a los esfuerzos pacificadores de la comunidad internacional, particularmente la africana, y con especial mención de alabanza para el sudafricano Nelson Mandela que, en su magnífica gestión mediadora, ha ido alternando la habilidad con la dureza, en un sostenido y admirable intento de llevar la paz a esta nación rota. Después de tantos años de esfuerzos y de paciencia, y de muchos encuentros y reuniones anunciados y fracasados, parece que este año se ha producido un claro acercamiento hacia un pacto provisional de gobernabilidad, casi aceptado por todos, que permite, al fin, concebir esperanzas de paz.

Con los 300 civiles muertos en los últimos 3 meses del año 2000, este año comenzaba con la cifra total de bajas de 200.000 personas —la población total de Burundi es de algo más de 6 millones— víctimas de la violencia, el hambre y las enfermedades, una permanente violación de los más elementales derechos humanos y un gobierno incapaz de erradicar la impunidad y que tiene el 65% de su población sumido en la pobreza.

En febrero se desarrolló una reunión cumbre en Arusha, convocada por Nelson Mandela, con la presencia de casi todas las partes implicadas y de los jefes de estado de la RD Congo, Kenia, Ruanda y Tanzania, y los vicepresidentes de Gabón, Sudán y Uganda; un encuentro, pues, de alta significación. Una vez más, no hubo acuerdo. En abril y julio hubo dos golpes de estado fracasados; once oficiales terminaron en prisión y 320 soldados participantes fueron expulsados del ejército. En abril, ante la violencia incesante, el CS de las NNUU y la UE piden a los beligerantes el cese de las hostilidades y la vuelta a las negociaciones. En mayo se decía que el acuerdo de Arusha se estaba desmoronando, porque era considerado una alianza anti-tutsi que los rebeldes hutus esperaban para derrocar el gobierno de Buyoya.

El 15 de junio, el CS de la ONU dice que no se puede lograr una paz duradera en la RD Congo —que se está encauzando con fragilidad por el buen camino— si no hay paz en Burundi. Ambas naciones inician conversaciones que el CS alienta. De nuevo, el CS llama a todos los estados de la región implicados para que convengan a los grupos armados burundeses de la necesidad del fin de la violencia e inicien negociaciones uniéndose al proceso de Arusha (Tanzania), y a todos los gobiernos para que

retiren el apoyo a esos grupos. Pero quedan muchos flecos de difícil arreglo en esos acuerdos de Arusha. Mandela insiste, se reúne con Buyoya para encontrar la mejor oferta, adaptando las cláusulas en lo posible y convoca otra cumbre en Arusha para el 23 de julio, a fin de relanzar el proceso de paz, e invita a los 19 participantes del ansiado acuerdo. Seis o siete partidos le presentan la lista de condiciones y garantías necesarias para crear instituciones válidas, pero es una de las principales la exigencia de la integración de sus grupos armados en las nuevas fuerzas de defensa de Burundi, todos en igualdad; y que el bloque tutsi tiene, indispensablemente, que compartir el poder. Mientras, siguen los combates en la capital, Bujumbura.

Como consecuencia de las últimas reuniones y propuestas, surge la idea de un gobierno de transición, provisional, sin compromiso duradero, el poder compartido de forma alternativa entre tutsis y hutus, y con presencia simultánea de ambas etnias en la cabeza del gobierno, en los cargos de presidente y vicepresidente. En agosto habla Buyoya de este tema con los jefes de la oposición. Se propone el inicio de ese posible gobierno para el 1 de noviembre. Se nombra una comisión jurídica encargada de elaborar unas leyes orgánicas de la transición; se entrega a la prensa un informe preliminar; son 5 proyectos de texto: Ley Fundamental, Parlamento, partidos políticos, cuestión del genocidio e inmunidad provisional.

Por fin, el 11 de octubre, se acepta, por todas las partes implicadas, la propuesta del gobierno de transición. Mandela, enormemente satisfecho, anuncia que las distintas fuerzas políticas han aceptado la alternancia en la presidencia de un gobierno de transición, en períodos iguales; primero será presidente un tutsi y vicepresidente un hutu; segundo período, a la inversa. Buyoya ha tenido que asumir once compromisos, especialmente el de reforma del ejército; también se compromete a que el día “D” se encuentren en la zona, en cuantía suficiente, las fuerzas internacionales de mantenimiento de la paz. Una enorme trama cogida con hilos, pero esa es la esperanza de muchas naciones y de miles de personas en el límite de la resistencia humana.

SIERRA LEONA-LIBERIA-GUINEA

Conviene una aclaración previa a cualquier comentario sobre este grupo de naciones; se están mencionando países y circunstancias que en el año 2001 han evolucionado hacia la mejora, hacia la pacificación de los

conflictos existentes, hacia el optimismo y la esperanza. En esta idea, Sierra Leona tiene aquí su encaje, ya que, después de diez años de violencia descontrolada, en los que se han producido matanzas y crueldades que han estremecido al mundo, los causantes de tantas atrocidades —el FRU (Frente Revolucionario Unido)— han ido deponiendo su actitud, abandonando las armas y tratando de integrarse en la sociedad. Sin embargo, los problemas, persecuciones y sufrimientos no han desaparecido, sino que se han trasladado a las otras dos naciones, Liberia y Guinea (Conakry), que hoy presentan un panorama desolador.

Los factores y protagonistas que intervienen en este desolador panorama son: la enorme abundancia de armas en manos de los muchos grupos violentos; el descontento de los pueblos con sus gobernantes, espolado por la pobreza, la impunidad de los miles de envalentonados guerrilleros y la falta de esperanza; las enemistades políticas entre los dirigentes de Liberia, Charles Taylor, y de Guinea, Lansana Conté, con todas sus consecuencias de apoyo y estímulo a los correspondientes grupos violentos de la oposición interna en ambos casos; las enemistades, políticas también, pero dentro de Guinea, entre su presidente L. Conté y el líder de la oposición, Alpha Conté que, después de ser encarcelado, acusado y procesado, resultó libre de cargos y la evidencia de que se trataba de una persecución política; el angustioso y desolador problema de los cientos de miles de desplazados y refugiados que se concentran en las fronteras de estos tres países, huidos de la violencia y del salvajismo, y en el total abandono de sus gobiernos, tan solo pendientes de un escaso socorro internacional; finalmente, como probable causa principal de todos estos males, la existencia de una enorme riqueza natural en diamantes, que se transforma en inmensas cantidades de armas por la infame actuación del presidente de Liberia, Taylor, y del de Burkina-Fasso, Compaoré.

En Liberia y Guinea, la esperanza de vida es de 46 años; en Sierra Leona, de 37, donde además, la renta per cápita no llega a los 500 dólares y su crecimiento, el pasado año, fue de 8 puntos negativos, un país rico en diamantes.

En las fronteras de Guinea con los otros dos países existen unos ciento treinta campos o bolsas de refugiados, que contienen un número de personas muy difícil de calcular pero que se supone próximo a las 460.000, cifra enorme para un país de 7 millones de habitantes; están literalmente atrapados por los innumerables grupos violentos que los rodean y acosan; en marzo se contaban ya unos mil muertos, en el mayor aban-

dono. El mundo occidental, el CS de la ONU y el presidente de Sierra Leona, Kabbah, han pedido insistentemente, en especial a Taylor, la apertura de corredores humanitarios que permitan el socorro, desde Monrovia, puerto más cercano; en febrero fue finalmente autorizado, aunque en precarias condiciones. Durante 5 meses, ACNUR tuvo que replegarse ante los ataques. Se calcula que los desplazados en el interior de las tres naciones suman también unos 480.000.

En Sierra Leona se encuentra la mayor misión de las NNUU en el mundo, MINUSIL, con 16.664 soldados y más de 800 civiles, para comprobar el cumplimiento de los acuerdos de cese del fuego y verificación de la entrega de las armas y desmovilización. En mayo habían entregado las armas y abandonado la actividad bélica 16.000 combatientes —entre ellos 2.426 niños— de las fuerzas de defensa civil (*kamajors*) y del FRU, más 450 soldados del ejército; debían haberlas entregado unos 40.000. En junio se habían destruido 10.800 armas, pesadas y ligeras. En octubre, el 60% de los combatientes del FRU y de las milicias pro-gubernamentales *kamajors* habían entregado las armas a MINUSIL. Existían divergencias serias entre la cúpula del FRU y el gobierno de Kabbah pero, afortunadamente, la guerrilla mantuvo su actitud y dijo que no se retiraba del proceso de paz, lo que probó permitiendo que continuase el despliegue de fuerzas de la ONU, incluso en regiones diamantíferas que hasta entonces controlaba. En septiembre se posponía el proceso de elecciones presidenciales a mayo de 2002, por imposibilidad de llevarlo adelante. La UE prometió financiar estas elecciones (5 millones de euros) así como también los programas de creación de empleo para jóvenes excombatientes, uno de los más delicados objetivos de MINUSIL, que comprobaba cómo se les marchaban de nuevo a las montañas, con sus antiguos compañeros, al transcurrir una semana en los centros de reinserción y quedar sueltos sin trabajo, oficio ni herramientas.

Mientras tanto, Liberia ha seguido importando armas que cambia por diamantes. Se calcula que Taylor obtiene unos 100 millones de dólares anuales con la explotación de la madera de los bosques, más lo que obtiene de los diamantes. Ha sido acusado de ello por muchas naciones africanas, entre ellas Guinea y Sierra Leona, y muy duramente por el CS de la ONU, que le aplicó sanciones prohibiéndole la venta de madera y diamantes. En este año, los jefes de las guerrillas del RUF han estado más dispuestos a la paz que el propio presidente de Liberia, Charles Taylor, que obtiene extraordinarias ganancias mientras se necesitan las armas. Pero en marzo, el CS pareció haber encontrado una sanción contundente-

te: ha publicado, y enviado a las naciones, una lista de 150 dirigentes liberianos, entre ellos el presidente Taylor, sus ministros y jefes militares, que no pueden viajar al extranjero ni tampoco sus esposas; y pide a los estados que les nieguen la entrada e incluso el tránsito. Es fundamental bloquear y aislar a Taylor. Este personaje se ha asustado y ha prometido no volver a negociar con diamantes, así como dejar en tierra todos sus aviones durante 120 días. Parece que el tráfico de estas piedras preciosas ha caído, pero, para este negocio, no van a faltar voluntarios ni sinvergüenzas.

Finalmente, es obligado decir que las negociaciones e intentos de lograr la paz y aliviar la suerte de cientos de miles de desesperados no se han interrumpido nunca, incluidos los que llevan adelante los ministros de exteriores, seguridad, interior y justicia de las tres naciones en cuestión. Que en julio, el CS de las NNUU creaba un tribunal penal especial para juzgar los crímenes de guerra cometidos durante estos 10 años. Y también, que el Reino Unido, única potencia del CS de la ONU que ha enviado tropas a Sierra Leona, ha mantenido allí, durante todo el año, 600 consejeros militares y dispone de 5.000 hombres preparados para intervenir.

COMENTARIOS FINALES

Algunas otras muestras de distensión y signos positivos han ocurrido y podrían comentarse, si este capítulo no fuese solamente un resumen del África Subsahariana: la relajación del rigor islámico en Sudán; el programa RECAMP francés para capacitar a los países africanos para operaciones de mantenimiento de la paz en su continente, que ha reunido a 35 países; la Cumbre de El Cairo, en mayo, sobre la protección y los derechos de la infancia en África; la reunión en Dakar de la Cruz Roja de 16 países del África occidental para adoptar medidas contra el tráfico de niños (200.000 son sometidos a explotación cada año en esta zona); la guerra ganada a las compañías farmacéuticas para el abaratamiento y libertad de producción de medicamentos contra el SIDA; los efectos positivos de los viajes de Colin Powell por África; etc.

Hasta aquí, lo que han sido en el año 2001 motivos para la esperanza. Pero, naturalmente, no han faltado los conflictos, los enfrentamientos, las guerras, el hambre, las terribles hambrunas africanas que extinguen vidas cada minuto; 180 millones de africanos pasan hambre a diario; para ellos es un lujo comer una vez al día. Ni ha faltado este año la esclavitud, la explotación de los débiles, los desplazados y refugiados, todos ellos “los miserables”; ni la engañosa aventura de los emigrantes, la corrupción, las enfermedades que solo matan en África y avergüenzan a Occidente; las

sequías y las inundaciones; las miserias de un continente lleno de riquezas naturales; los odios mortales, la ignorancia..... tantos males y sufrimientos que llevan a identificar África con “drama”.

Guerras o conflictos sangrientos continuaron en Angola, Burundi, Sierra Leona, Senegal, Sudán, Somalia, Guinea, Burkina Faso, Níger, Mali, Nigeria, Uganda, Tanzania, Guinea Bissau, Zimbawe, Kenia, Sudáfrica y Liberia; verdaderamente, un decepcionante contrapeso.